

PROCESOS URBANOS Y DE CONSTRUCCIÓN DE CIUDAD.

EL CASO DE MEDELLÍN¹

Alberto Granda Marín

Hernán Mejía Velásquez

Carlos Enrique Londoño Rendón



¹ El presente artículo hace parte de la investigación *Medellín: hecho urbano y ciudad: Actores sociales y conflictos. Potencialidad de los consensos*. Medellín, Escuela de Humanidades-UPB, 1997.

La ciudad es ante todo un proceso que resulta de construir lo público como un espacio ético y político, que hace posible la constitución de ciudadanía. En este sentido, la ciudad no se reduce al ámbito de lo urbano, entendido como la mera estructura física, como el espacio que se contrapone a lo rural.

Desde el contexto del desarrollo urbano de América Latina y de Colombia, el presente trabajo tiene como objetivo plantearse la pregunta por las condiciones que, a partir de los años 90, estarían transformando a Medellín en una ciudad, más allá del simple hecho urbano, en cuanto se está dando un inicio de pensamiento colectivo que permite reconocer las diferencias y emprender procesos de negociación y transformación de conflictos.

The city is mainly a process. Which process shows the public thing as political and ethical space which makes possible a citizenship. The city is not minimized to the urban thing — taken as the physical structure or as the counterpart to rural space.

From the context of the urban development of Latin America, the main objective of this issue is to ask a question about the conditions, that since the beginning of the 90's, will be transforming Medellín into a city, more than the urban fact, the beginning of collective thought which would help distinguishing the differences and start negotiation processes and conflict transformation.

INTRODUCCIÓN

«El hombre es por esencia un viviente urbano», establece Aristóteles en la *Política* (1973: 1412-13). Aquí se determina el ser del hombre en el horizonte de la ciudad y, al mismo tiempo, la posibilidad del ser de la ciudad en el horizonte del ser del hombre. La esencialidad del hombre como ser humano y de la urbe como ciudad, sólo pueden ser en la determinación mutua que cada uno define para el otro. Más allá de este marco de relaciones esenciales, el hombre no puede, de ninguna manera, ser considerado como hombre y la ciudad no pasará de ser un mero conglomerado al interior de una gran estructura física. «La civilización griega reinventa la ciudad como horizonte colectivo, digno del hombre por su plenitud, que exige una relación externa y equilibrada con el campo y una dimensión interna calculada y controlable» (Benévolo, 1993: 8).

Desde la palabra como esencia humana, la ciudad se convierte en el lugar del encuentro con el otro. La palabra hace necesaria la creación de la ciudad; la ciudad no lo es sin la palabra. Ello es lo que hace posible la construcción de las relaciones sociales, la regulación de la producción, la distribución y el consumo de bienes. «Las relaciones dialógicas crean el medio en que se desenvuelve el lenguaje como vehículo de la comunicación y del pensar. El encuentro del yo con el tú es, igualmente, la base del Ethos, fuente de la moralidad y del derecho» (Cruz Vélez, 1993: 3). «El fin último de la ciudad es, por tanto,

hacer posible el ser pleno del hombre, su desarrollo en todas sus dimensiones esenciales». Y éste no es otro que el poder ser parte de la colectividad y, como tal, habitar lo público, no como mero espacio físico, sino y esencialmente como espacio de y para la palabra. El hombre vive políticamente, es decir, vive la ciudad, no como mero mundo físico, sino como polis. Se renuncia a habitar la polis cuando se le niega la posibilidad a la palabra, «al diálogo inteligente, si se trata de concepciones; a la transacción, si se trata de intereses; y, en último caso, al reconocimiento de que el otro, por opuesta que sea su visión del mundo y del futuro a la nuestra, sigue siendo un hombre como nosotros», dice Estanislao Zuleta (1991: 219).

Desde esta perspectiva y para efectos del presente análisis, la ciudad no se reduce al ámbito de lo urbano entendido como la mera estructura física, como el espacio que se contrapone a lo rural, entendido éste como la dimensión primigenia de lo pre-moderno. La ciudad, como más adelante se analizará, es tomada conceptualmente como el espacio en el que es factible la construcción de la ciudadanía, como el lugar del encuentro con el otro a través de la palabra, de la participación en las decisiones que afectan el todo social. En el mismo sentido, desde el contexto de la modernidad, lo urbano, por contraposición a lo rural, no se asume como el simple conglomerado, pequeño o grande, de casas, edificios, calles, espacios públicos, etc. sino como el espacio que se convierte

en el eje de procesos económicos, sociales, políticos, culturales diferentes a los de la vida campesina. Los procesos de urbanización, a partir de los siglos XII y XIII, serán determinados por los desarrollos del comercio y, más adelante, de la manufactura y de la industria, en contraposición al campo que se había centrado en la producción agrícola para el autoabastecimiento. La educación, el desarrollo de las ciencias y la tecnología y, en general, las transformaciones culturales, tendrán como eje lo urbano, no lo rural. Lo urbano es centro de producción y de servicios. La ciudad, en cambio, es el espacio de la ciudadanía en permanente construcción.

LA EVOLUCIÓN URBANA EN AMÉRICA LATINA

Las formaciones sociales latinoamericanas nacieron bajo el signo de la dependencia colonial española y, a partir del siglo XIX, determinadas por los desarrollos del capitalismo internacional. Son sociedades que han compartido, en buena parte, un mismo destino: el atraso y el subdesarrollo; la dependencia, el capitalismo desigual, los conflictos sociales; los conflictos políticos, el caudillismo, el caciquismo y la dictadura; la corrupción y el clientelismo; un Estado gigante, ineficaz e intervencionista sólo para defender intereses elitistas, olvidando y/o desconociendo los de la totalidad de los pobladores. Las diferentes jerarquizaciones económicas, sociales, religiosas, políticas, culturales, étnicas, etc, de alguna manera fueron quedando plasmadas a través de las estructuras urbanas, las que, a su vez, se convirtieron en determinantes y reafirmadoras de mentalidades autoritarias.

Los procesos latinoamericanos de urbanización son la expresión de este abigarrado mundo de contradicciones. Una ciudad es ante todo significación. « Por eso la historia de las ciuda-

des ofrece una clave insustituible para entender el sentido de la historia general de Latinoamérica» (Romero. 1984). Pero la evolución de los procesos de urbanización no pueden ser comprendidos sólo de una manera determinista, como una consecuencia directa y unilateral de las condiciones del desarrollo internacional. Las condiciones geográficas, culturales, políticas y económicas internas, también contribuyeron a definir los rumbos de nuestros procesos urbanos y de construcción de ciudades. Una fue la normatividad que estableció la Corona para la construcción de asentamientos urbanos en Latinoamérica y otros fueron los resultados de la conjunción de dicha normatividad con las realidades encontradas o percibidas por los españoles en estas nuevas tierras. Se creó la utopía de una «ciudad» americana cuya sociedad debía ser compacta, homogénea y militante, rígidamente jerarquizada y cuya función básica fue fijada por la política colonial española: «asegurar el dominio de la zona, ser baluarte de la pureza racial y cultural del grupo colonizador y promover el desarrollo de la región en que estaban insertas; además, servir de puertos, o reductos militares, o centros administrativos, o sedes del gobierno central» (Romero: 16). La política social y cultural española quiso ponerse al abrigo de todo cambio y de todo proceso de diferenciación, contra el riesgo del mestizaje y la aculturación. Red de asentamientos para crear una América hispánica, europea y católica, así como un imperio colonial, un mundo dependiente y sin expresión propia. Pero otra fue la urbanización resultante, definida por las realidades concretas del nuevo mundo.

Con la Independencia y, sobre todo, a partir de la implantación de los principios propios del Liberalismo económico inglés, América Latina entra a hacer parte de la división internacional del trabajo, centrando su devenir económico en el sector primario, desde el cual la in-

dustria europea garantizará el abastecimiento de materias primas y un mercado libre de obstáculos para la venta de sus mercancías. Los centros coloniales sufrirán el estancamiento con este cambio estructural, con excepción de los puertos fluviales y marítimos que tendrán algún dinamismo urbano por causa de la exportación de nuestras materias primas y de la importación de mercancías. Aquí los «centros urbanos» aún tienen el mismo sentido de «centros administradores».

Durante el siglo XIX, el panorama general de América Latina estará definido por las características propias de una sociedad pastoril, de una sociedad donde la hacienda es el eje del poder económico, social y político.

Sólo a finales del siglo XIX y en los comienzos del XX, pero fundamentalmente después de la crisis del capitalismo mundial en 1929, América Latina verá el comienzo de un incipiente desarrollo industrial, basado en la posibilidad de importar bienes de capital con el excedente de divisas que deja la exportación de materias primas y productos agrícolas, y en el concepto

de la sustitución de importaciones bajo la protección propia del intervencionismo del Estado.



Con base en el crecimiento de la población y el desarrollo industrial, hasta los años cincuenta, América Latina tendrá un lento pero continuo crecimiento urbano y el co-

mienzo de cierta renovación de sus estructuras sociales, al hacer presencia en los centros urbanos un sector de élite económica diferente al hacendado y al comerciante. El industrial comenzará a plantear unas nuevas exigencias administrativas desde el Estado para regular la relación entre el capital y el trabajo; para proteger la naciente industria de la competencia de los bienes de consumo de la industria extranjera; planteará unas exigencias educativas básicas necesarias para el funcionamiento de su empresa industrial. «Desde 1880, muchas «ciudades» latinoamericanas comenzaron a experimentar nuevos cambios, esta vez no sólo en su estructura social, sino también en su fisonomía. Creció y se diversificó su población, se multiplicó su actividad, se modificó el patrón urbano y se alteraron las tradicionales costumbres y las maneras de pensar de los distintos grupos de las sociedades urbanas. Ellas mismas tuvieron la sensación de la magnitud del cambio que promovían, embriagadas con el vértigo de lo que se llamaba el progreso...» (Romero: 247).

Sin embargo, ésto no fue homogéneo en América Latina. Al lado de las nuevas situaciones permanecieron estructuras sociales e ideas que se convirtieron en el lastre de dicho proceso modernizador, que no tuvo la capacidad de pensar el conjunto social. Grandes masas quedaron por completo excluidas de él. Fue un proceso excluyente en favor de intereses de élite socio-económica.

Después de la Segunda Guerra Mundial y en el marco del desarrollo de la segunda etapa de sustitución de importaciones, «el proceso de urbanización se aceleró en la mayor parte de los países latinoamericanos. En 1960, sobre un total de 206 millones 945 mil habitantes en toda la región, vivían en centros urbanos 101 millones 073 mil, el 48.8%. Para 1988, sobre un total de 288 millones 258 mil, el 69.5% era urbana, con una tasa de

crecimiento durante el período 1981-1988, de 3.1%» (Rodríguez y Santana: 78-79). Se espera que al llegar el siglo XXI, el 74.8% de la población sea urbana (Pareja, 1994: 78).

Muchas son las consecuencias por las características que ha asumido la urbanización latinoamericana debido a lo acelerado del proceso, a la ausencia del Estado en lo relativo a los procesos que tienen que ver con las grandes masas de pobladores, al encerramiento de la élite socio-económica y política en sus propios intereses. José Luis Romero (321 y ss) indica cómo muchas urbes dejaron de ser ciudades para convertirse en una yuxtaposición de guetos incomunicados y anómicos. Cambió la fisonomía del hábitat y se masificaron las mentalidades. Se afectó el tejido social en cuanto muchos sectores vieron cambiar las condiciones que los identificaban desde el pasado. «Se produjo una sociedad escindida. Una fue la sociedad tradicional, compuesta de clases y grupos articulados, cuyas tensiones y formas de vida transcurrieron dentro de un sistema conocido de normas... La otra fue la del grupo inmigrante, constituido por personas aisladas que convergían en la ciudad» (Romero: 331). Dice Verdú (1995:1C) que «el gigantismo -y el crecimiento urbano acelerado- configura un universo donde se gestan las nuevas visiones del progreso junto a las visiones de la miseria extrema. Tanto para el mundo desarrollado como para el que no lo es, instalarse en una megaciudad conlleva afrontar problemas de empleo y alojamiento, residir en condiciones precarias, exponerse a propagación de enfermedades, quebrantar los lazos familiares, arriesgarse en proporción incomparable al crimen e iniciar una vida a la deriva». Sólo para América del Sur se estima que unos dos millones de personas viven en las calles sin resguardo. La marginalidad dio lugar a la exclusión en cuanto la sociedad normalizada vio a los recién llegados como un peligro para sus propios intereses, como enemigos, cerrando cami-

nos a la integración y, por supuesto, a la comprensión de lo que estaba sucediendo. La lucha de los nuevos sectores sociales por pertenecer a la ciudad se dio desde abajo, desde la organización y apropiación que, aún en contra del Estado, tuvieron que hacer de la ciudad. De conglomerados aparentemente homogéneos, las grandes urbes latinoamericanas contemporáneas han devenido caracterizadas por la heterogeneidad física y cultural; las diferencias son su elemento común como resultado de los múltiples intereses de todo tipo de los distintos sectores sociales.

Pero tal vez, una de las consecuencias más palpables es la contradicción que se plantea entre habitar la ciudad pero sin las condiciones mentales, culturales, políticas, etc. propias de lo que implica vivir el espacio de lo urbano. De alguna manera serán los movimientos sociales que se dan a lo largo y ancho de América Latina, los que comenzarán a sentar las bases de un nuevo proyecto de ciudad, desde la presión que se ejerce sobre el Estado para crear ámbitos de participación en las decisiones que atañen con el desarrollo de la comunidad. Una nueva cultura política se crea lentamente en América Latina y, por tanto, la verdadera ciudad, la ciudad del ciudadano.

LA URBANIZACIÓN EN COLOMBIA

De país rural a país urbano

El comienzo del desarrollo industrial, sobre la base de las condiciones creadas por la agroindustria del café y el vacío dejado por la crisis capitalista, llevará a Colombia a un lento pero continuo proceso de urbanización en la primera mitad de este siglo, y acelerado, como en toda Latinoamérica, a partir de la década de los años cincuenta. En los años 1930-1950, la migración a la «ciudad» en Colombia tuvo por lo menos un ritmo y un volumen que, no obstante ser grandes, no alcanza-

ban a asfixiar las posibilidades de una adaptación armónica a la vida urbana. Además, buena parte de aquella migración ocurría a partir de grupos urbanos de pequeños pueblos de provincia a los centros mayores, grupos ya en alguna forma integrados culturalmente a la vida urbana. No ocurre lo mismo a partir de 1950; no sólo el radio de procedencia de los migrantes se halla ya en zonas muy alejadas, a veces de precaria vida primitiva, sino que el efecto de acumulación va generando las migraciones intra-urbanas marginales hacia zonas de invasión, anárquicas y profundamente carenciales, rebajando el nivel de integración potencial» (Botero. 1991:157).

Pero en otro sentido, junto con Brasil, Colombia se constituye en una excepción desde el punto de vista de las características que asume la urbanización en cuanto que en nuestro país no se da el predominio de una gran ciudad entre otras pequeñas. A Colombia se le considera como un país de regiones y, en el mismo sentido, como un país de «ciudades»; es una especie de representación en pequeño de todas las regiones geográficas del subcontinente y también de sus habitantes (Arturo. 1994:12).

En Colombia, los asentamientos precolombinos no tuvieron el desarrollo ni los alcances propios de la cultura azteca e inca. Son centros con un carácter principalmente político-religioso. Son destacables los del Zaque y el Zipa en las sabanas cundi-boyacenses y el de los Tayronas, con sus pueblos de piedra en la Sierra Nevada de Santa Marta.

Durante la colonia, la fundación de pueblos por parte de los españoles respondió preferentemente a la necesidad de dominar zonas mineras (Popayán, Santafé de Antioquia, por ejemplo); o puntos cruciales para el desarrollo del mercantilismo (Cartagena, Mompo, Honda); o ejes del ejercicio del poder político y religioso

(Tunja, Santafé de Bogotá), centros, así mismo, de la burocracia administrativa. Pero no sólo en éstos últimos, sino en todos, lo religioso jugó un papel determinante en la forma que asumió el crecimiento urbano. «No es casual que la configuración del asentamiento se iniciara a partir de las iglesias y conventos, en una sociedad donde la fe y la práctica religiosa constituían el principio rector de la vida de los individuos. La iglesia reflejaba la expresión simbólica del modo de ser ideal de las gentes. El habitar cerca de un sitio sagrado, fuera iglesia o convento, significaba estar mucho más cerca de la morada celestial. ... La parroquia, sede del cura que vela por las almas, fue así el elemento simbólico dominante que presidió la inicial configuración urbana de Santafé» (Zambrano. 1994:40-41).

El nacimiento de la República, al establecer la igualdad municipal, lleva a que desaparezca el dominio regional que ejercían ciertas poblaciones, más por tradición que por poder real, abriendo el espacio a aquellos centros urbanos que venían adquiriendo una primacía por su desarrollo económico, comercial o socio-político.

Para 1851, de una población calculada en 1.897.172, el 51% se hallaba radicada en Cundinamarca, Boyacá y Santander. De los treinta municipios más poblados del país, 18 se encontraban en la Cordillera Oriental, conservándose aún un panorama urbano, propio de la época de la Colonia. Por contraste, se destaca cómo sólo tres de estas treinta poblaciones más grandes se encuentran en la Cordillera Central (Zambrano. 1994:54-55).

El proceso de la Colonización Antioqueña a lo largo del siglo XIX, el auge de la agroindustria cafetera desde finales del mismo siglo y los primeros intentos de desarrollo industrial, son condiciones causantes de transformaciones significativas en el poblamiento del país, refleja-

das en el censo de 1918. Ahora, de los treinta municipios más poblados, quince se encuentran en la Cordillera Central, correspondiendo la mayoría a municipios cafeteros. También la construcción de ferrocarriles en Antioquia, Cundinamarca y el Valle, colocan a Bogotá, Medellín y Cali en una posición bastante ventajosa para su crecimiento urbano. De una población de 29.646 habitantes, en 1851, que representa el 1.56% del total del país, Bogotá pasa a tener, en 1918, 143.994, el 2.68%, creciendo no sólo en términos absolutos sino también relativos. Pero mientras Bogotá crece 4.8 veces, Medellín tiene un crecimiento de 5.7 veces con respecto a la población de 1851 (cfr. Zambrano: 57-59).

El comienzo de la segunda mitad del presente siglo se convierte en un momento de ruptura en el crecimiento urbano en Colombia. Si para 1951, más de las dos terceras partes de los colombianos viven en zonas rurales, siete lustros después, la proporcionalidad será todo lo contrario; cerca del 70% de la población estará viviendo en poblaciones medianas y grandes, con una proyección, para el año 2025, de sólo un colombiano viviendo en el campo por cuatro, en grandes urbes. En menos de cuatro décadas, el cambio de rural a urbano ha sido radical, no sólo en lo cuantitativo, sino por lo acelerado del proceso que ha llevado a contradicciones profundas entre un proceso modernizador como lo es la urbanización, pero huérfano de la creación de una cultura moderna. «A partir de 1950, el país ha vivido intensamente dos procesos que marcan definitivamente su situación cultural actual: el paso de lo rural a lo urbano y el paso de lo tradicional a lo moderno. La especificidad de estos procesos, la conjunción de factores y la constitución



de formas sociales, económicas y culturales 'sui generis', en medio de un escenario político marcado por la persistencia de mentalidades tradicionalistas y atrasadas, han conducido a la configuración de manifestaciones culturales igualmente 'sui generis' en las que sobresalen las condiciones de heterogeneidad y conflictos constantes» (Saldarriaga. 1991:45).

Los factores que contribuyen a acelerar el fenómeno de la urbanización, a partir fundamentalmente de los años cincuenta, son variados en su esencialidad e implicaciones. Para Fabio Botero (1991:141) el crecimiento de la urbanización en el país ha estado claramente ligado, entre otras variables, a la estructuración de la propiedad agraria, determinada por la contradicción entre el desarrollo capitalista de extensas regiones a partir de la década de los años cincuenta y la persistencia de grandes latifundios precapitalistas principalmente dedicados a la ganadería extensiva. Uno y otro tipo de propiedad han contribuido no sólo a mantener sino a acrecentar aún más la ya histórica concentración de la propiedad agraria en el país. Son factores de carácter estructural, determinantes en amplia medida de la migración del campesino a las ciudades. El abandono del campo por parte de las políticas estatales, particularmente en lo que tiene que ver con el campesino de propiedad reducida, ha colocado al agricultor pequeño y minifundista en la imposibilidad de subsistir, teniendo también que migrar a zonas de colonización o a engrosar los cinturones de miseria de las grandes ciudades.

Al factor estructural sobre la propiedad de la tierra (minifundio y latifundio pre-capitalistas frente a la gran propiedad con desarrollo capi-

talista), hay que integrar uno de carácter coyuntural: el fenómeno conocido genéricamente como «la violencia», producto del enfrentamiento sectario entre liberales y conservadores, donde es el campesino, sobre todo el de las zonas cafeteras de Antioquia, Caldas, Risaralda, Quindío, Norte del Valle y del Tolima, el que fundamentalmente sufre las consecuencias de la misma. Una de las principales es el abandono de sus tierras, viéndose obligado a migrar a otras regiones de colonización o, principalmente, a las ciudades que, por su desarrollo económico, se habían convertido en focos de atracción para el logro de un mejor nivel de vida. Mirada hoy la violencia en el marco de las últimas cinco décadas y, por qué no, en el contexto general de la historia colombiana, se tendría que afirmar que este fenómeno tendría que ser considerado como estructural en la configuración de la realidad socio-cultural, económica y política colombiana y, particularmente, en la configuración de la realidad urbana; lo estaría demostrando la polarización del conflicto guerrillero, paramilitar y de narcotráfico en los años 80 y 90 y sus implicaciones a nivel de los miles y miles de desplazados.

Lo que hasta los años cuarenta había sido una migración caracterizada por llevar a los pueblos a un crecimiento continuo pero lento, y de personas con una cierta capacidad económica, además de tener una experiencia de vida urbana por cuanto, por lo general, no procedían de las zonas rurales de los pueblos, a partir de la década del cincuenta, debido a la conjunción de «la violencia» y la ampliación del proceso de industrialización, se tornará en una migración masiva y acelerada (Palacios. 1995: 310-311), de personas en su gran mayoría pobres,

sin la mentalidad propia de la vida en el espacio de lo urbano.

Es indudable que la ampliación y profundización de la industrialización en las principales urbes colombianas, particularmente en Medellín, mediante la sustitución de la importación de los bienes intermedios, se convertirá en un factor decisivo en el camino de la modernización del país en el campo de lo económico, y en un elemento de impulso al crecimiento urbano. A ello contribuirá la ampliación y mejoramiento de las vías de comunicación, sobre todo de las carreteras (Zambrano. 1994:65). Por lo tanto, a las causas de expulsión de la población del campo hay que sumar las condiciones que atraen hacia las ciudades, en la búsqueda de un mejor nivel de vida por medio de un empleo mejor remunerado; la posibilidad de tener acceso a mejores servicios en educación, salud, recreación, vivienda, energía, acueducto, alcantarillado. No podemos olvidar el crecimiento vegetativo de la población, pero esta variable sólo explica una parte pequeña del gran crecimiento urbano.

Los planteamientos anteriores se sustentan a partir de la lectura que podemos hacer del cuadro estadístico que presenta en su trabajo Fabio Botero (1991:93-94), complementado con datos del CENSO 93. Comparativamente es muy significativa la diferencia entre el ritmo de crecimiento de la población urbana colombiana de las primeras cuatro y veinte ciudades, respectivamente, frente al crecimiento global de la población colombiana. Entre 1938 y 1993, mientras las cuatro primeras ciudades del país crecen 14 veces, equivalente a un 1397.4% y las primeras veinte en su conjunto lo hacen 12.8 veces, un 1278.2%, la población global del país sólo crece 3.8 veces, un 385.4%.

**Crecimiento de la población urbana en las primeras 20 ciudades,
entre los censos de 1938 - 1951 - 1973 - 1985 - 1993 (en miles de habitantes)**

AÑOS	1.938	1.951	1.964	1.973	1.985	1.993
CATEGORÍAS						
Bogotá D.E.+A.M.	334	663	1.662	2.845	3.975	5.154
Medellín +A.M.	156	381	905	1.377	1.948	2.264
Cali +A.M.	88	241	618	972	1.367	1.696
Barranquilla +A.M.	162	296	498	770	1.061	1.227
A. SUBTOTAL	740	1.581	3.683	5.964	8.351	10.341
A/B. A respecto de B	61.7%	65.2%	66.4%	68.7%	68.1%	67.5%
A/C. A respecto de C	8.6%	14.2%	21.1%	28.9%	27.8%	31.2%
Cartagena	76	111	218	312	491	616
B/manga +Florida Blanca	42	103	221	359	479	597
Cúcuta	41	70	147	234	357	459
Manizales	51	89	190	208	275	303
Ibagué	29	54	125	203	269	340
Pereira + Dos Quebradas	31	76	162	228	327	477
Armenia + Calarcá	47	73	155	182	217	260
Palmira	25	54	107	143	175	196
Pasto	26	49	82	130	197	261
Santa Marta	27	37	89	110	178	270
Buenaventura	16	20	70	111	160	194
Neiva	17	33	76	109	178	237
Montería	13	24	71	104	157	210
Valledupar	3	9	44	99	143	202
Barrancabermeja	9	25	60	92	137	144
Villavicencio	6	17	45	88	161	219
B. Veinte primeras ciudades	1.199	2.425	5.545	8.676	12.252	15.326
B/C. B con respecto de C	13.9%	21.8%	31.7%	42.0%	44.0%	46.3%
C. Total población nacional (Urbana + Rural)	8.592	11.093	17.484	20.666	27.853	33.110

Veamos ésto de manera más discriminada. Se toma como base del análisis del proceso de crecimiento urbano las primeras cuatro y las primeras veinte ciudades, asumiendo que en 1973, éstas tenían como mínimo 70 mil habitantes en su perímetro urbano, según Botero (1991: 92).

Si en el censo de 1938, las cuatro primeras ciudades -Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla, incluidas sus áreas metropolitanas-, tenían una población urbana de 740 mil, el 8.6% con respecto al total de la población de la nación, que era de 8.592.000; para 1951, dicha población, en términos absolutos se había duplicado: 1.581.000, lo que para el momento representaba el 4.2% del total de la nación. Pero el gran «salto», lo que lleva a Fabio Botero (1991:83) a hablar de «explosión urbana», se presenta entre 1951 y 1964 y, sobre todo, de 1964 a 1973. Para este año, la población urbana de estas cuatro ciudades y sus zonas metropolitanas, ha aumentado 1.5 veces con respecto a la de 1964; 3.8 veces la de 1951 y 8.1 veces la de 1938, y representa el 28.9% del total de la población de Colombia que en 1973 era de 20.666.000 y que había crecido, comparada con la de 1964, la de 1951 y la de 1938, sólo 1.2, 1.9 y 2.4 veces, respectivamente.

Analizando el mismo proceso para las 20 ciudades que en 1973 tienen más de 70 mil habitantes viviendo en el perímetro urbano, encontramos que han alcanzado una población de 8.676.000, que representa el 42% del total de la nación, significando un aumento de 1.6, 3.5 y 7.2 veces la de 1964, 1951 y 1938, respectivamente. Podemos ver cómo es menor la proporción de crecimiento cuando se examinan de conjunto las primeras 20 poblaciones en comparación con los cuatro centros urbanos más grandes, con excepción de la de 1964; con respecto a este año, en 1973 las primeras 20 ciudades han crecido 1.6, mientras que las cuatro más grandes lo han hecho 1.5 veces; 3.5 contra

3.8 veces con respecto a 1951, y 7.2 contra 8.1 veces con respecto a 1938. Del total de la población de estos primeros 20 centros urbanos, las cuatro áreas metropolitanas más grandes representan ellas solas el 68.7%, en 1973.

Para 1985 y 1993, en términos absolutos, la población continúa creciendo de forma significativa. Las cuatro primeras zonas metropolitanas tienen, para 1985, 8.351.000 habitantes, un 40% más que en 1973 y en 1993, 10.341.000 habitantes, un 23.8% más que en 1985. Mientras tanto la población total de la nación había crecido para 1985 -27.853.000 habitantes- un 34.8% con respecto a la de 1973, y un 18.9% en 1993 con respecto a la de 1985. En ambos periodos, el ritmo de crecimiento de estas cuatro zonas metropolitanas ha estado por encima del ritmo de crecimiento de la población total. Pero al examinar, en estos dos mismos periodos, el ritmo de crecimiento de las primeras 20 ciudades, encontramos que por primera vez, desde 1938, éste es superior al ritmo de crecimiento de las cuatro primeras zonas metropolitanas. Según Botero (1991:22), explicable a partir de los objetivos del Plan de Desarrollo «Para Cerrar la Brecha», de 1974 a 1978, en el cual se pretende cualificar el tipo de desarrollo urbano deseable, con énfasis en las ciudades intermedias (entre ellas algunas fuertemente vinculadas a la economía agraria) y un decidido esfuerzo por lograr un mejor equilibrio regional reduciendo efectivamente la presión de la migración rural a las ciudades grandes.

El abandono del campo por parte de las políticas estatales; las nuevas y múltiples violencias entrecruzadas de militares, paramilitares, auto-defensas y narcotráfico; la estructura de propiedad sobre la tierra sin transformar en favor del campesinado, entre otras razones, permiten vislumbrar que cada vez será mayor la proporción de población urbana frente a la población total del país.



Medellín: De Aldea a Ciudad

Sin pretender que la compleja realidad de Medellín pueda ser pensada aisladamente de los procesos históricos, en general, y de urbanización, en particular, que ha vivido el país, sí partimos del supuesto de que buena parte de sus conflictos y las formas de su resolución, tienen que ver con la manera como Medellín, específicamente, ha realizado su proceso de urbanización y, sobre todo, ha venido construyéndose como ciudad. Es posible pensar que las tensiones derivadas de sus profundas transformaciones de modernización sean la raíz de muchas y muy variadas formas de conflictos entre sus pobladores que poco a poco han venido apropiándose de la ciudad en las últimas décadas. También éstos se están transformando en la creación de ese paso de solamente habitar o poblar la ciudad, a ser ciudadanos de Medellín.

Se hacen, entonces, evidentes y necesarias las preguntas acerca de ¿cuándo Medellín empieza a ser una ciudad? ¿En qué momento dejó de ser una aldea, un pueblo grande? ¿En qué aspectos Medellín es más urbana y menos rural? ¿Qué

tensiones conflictivas se derivan de la conjunción entre la construcción de lo urbano y la superación de lo rural? ¿En qué momentos y por qué el proceso de urbanización en Medellín crea condiciones para su definición como ciudad?

En este sentido, la constitución de Medellín, como hecho urbano y como ciudad, como hecho cultural y político, se inicia propiamente en la década de los años cincuenta, a partir de la cual se pueden advertir otros tres momentos claramente diferenciados.

Para 1951, Medellín duplicó su población con respecto a la de 1938: pasó de 168.266 a 358.189 habitantes, como resultado de los procesos de la migración acelerada y abrupta del campo a la ciudad, que produce una inevitable marginalidad por la imposibilidad de atender y absorber de inmediato las nuevas demandas, lo cual se traduce en ilegalidad de asentamientos, ocupación de suelos subnormales, tugurización de algunas zonas centrales, carencia de patrones de ordenamiento e inaccesibilidad a la mayoría de los bienes y servicios urbanos y públicos (Palacios. 1995: 319). El carácter rural de la cultura de los migrantes queda al margen de la cultura pre-existente de los habitantes de Medellín.

Así, pues, esta primera gran oleada permite apreciar un momento de gran confusión en materia de crecimiento urbano, servicios públicos y otras demandas de la vida en ciudad como la salud y la educación masivas.

Podríamos decir que la década de los años cincuenta es el comienzo del caos urbano, del malestar ciudadano, el verdadero paso de la aldea tradicional al hecho urbano propiamente dicho. Esto, por cuanto es el momento real de las recomposiciones en los esquemas económicos y sociales que se habían consolidado desde los primeros años del siglo XX, aunque sin la correspondencia requerida en los espacios políticos y culturales.

Las décadas de los años cincuenta y sesenta se caracterizaron, por ejemplo, por la renovación total de las estructuras de planeación y manejo de la ciudad. La creación de las Empresas Públicas de Medellín (1955), de las Empresas Varias (1965), del Departamento Administrativo de Planeación y Servicios Técnicos (1967), la presentación (1951) y puesta en obra durante toda la veintena siguiente de las obras sugeridas por Weisner y Sert, así como el primer momento de contacto con lo urbano de una masa diversa y dispersa, física y mentalmente pensada, y el comienzo de constitución de espacios urbanos mucho más amplios, incluyendo la urbanización del aire, son algunos referentes espaciales, culturales y jurídico-administrativos, que indican que por primera vez se comienza a vivir en un contexto urbano (Gil Pantoja. 1989).

Un segundo período se presenta a partir de 1970. Si tenemos en cuenta que en 1951 Medellín tenía una población de 358.189, para 1973, ésta se multiplica por 3.2 veces, llegando a un total de 1.152.000. Nueve años antes, en 1964, ya tenía 773.877. Esto supuso y obligó a una ampliación de los límites urbanos copando las laderas de oriente y occidente y prolongándose al norte y al sur, hasta hacer contacto con Bello por el norte, y Envigado e Itagüí por el sur.

Se presenta, además, una profunda transformación urbana expresada principalmente en el auge de la construcción en altura, especialmente en unidades residenciales; el desplazamiento del eje de la vivienda de nivel socio-económicamente alto hacia El Poblado; la apertura de las áreas suroccidentales con la construcción de la Avenida Ochenta; el reordenamiento del Centro con la eliminación de El Pedrero y la construcción del Centro Administrativo de la Alpujarra, así como el traslado de la Estación del Ferrocarril y las terminales de buses interurbanos; y, desde el punto de vista vial, la ampliación de la Carrera Bolívar, las Calles Colombia y San Juan



y la construcción de la Avenida Oriental, la del Ferrocarril, la Treinta y tres, la Avenida de las Vegas, entre otras (Gil Pantoja:108).

De otro lado, se presenta un fuerte ascendente modernista por el doble impacto cultural del comienzo de universalización por la influencia de los medios masivos de comunicación y la densificación del sistema escolar, así como el posicionamiento en un sistema más moderno de la educación universitaria, propiciado por el momento histórico vivido por el movimiento estudiantil. Además, aparece por primera vez en la ciudad un movimiento cultural que incluye los sectores más populares con expresiones literarias, teatrales y musicales que trataban de expresar la confrontación ideológica con las élites.

Comienza a ser importante para esta década la presencia de síntomas de delincuencia urbana expresada en un inicio de lumpenización de amplios sectores de pobladores.

En este período hay hechos que muestran cómo se perfila, de parte de las élites socio-económicas y políticas de la ciudad, un proyecto en el que de manera calculada la marginalidad se transforma poco a poco en exclusión o forma activa de negación de las grandes mayorías. La planeación del desarrollo de Medellín mediante la construcción de las grandes obras públicas, arriba mencionadas, por medio de la valorización, permitió la recuperación, de acuerdo con los fines de las élites, de espacios y sectores que sufrían deterioro y que eran requeridos para adelantar «obras de progreso», obligando al desplazamiento y reubicación de amplios sectores de población de barrios de amplia tradición en la historia de Medellín. La ciudad no es pensada como un proyecto total; las obras para el desarrollo se focalizan, desconociendo a la mayor parte de dicha totalidad. La misma construcción masiva de vivienda para los sectores populares a través del ICT no es pensada en función de un desarrollo inte-

gral de las clases de menores recursos. Se construyen viviendas pero sin todos los demás requerimientos como espacios para la educación, la recreación, la salud, el empleo que, desde finales de la década de los años setenta, mostraron un gran déficit principalmente en las zonas nororiental y noroccidental. Sólo las Empresas Públicas representarán la excepción en este panorama de procesos de exclusión mediante una cobertura importante en los servicios de acueducto, alcantarillado, energía y teléfono.

Un tercer período puede ser delimitado a partir de la década de los ochenta. Para 1985, la ciudad contaba con 1.542.000 habitantes. Desde el punto de vista físico urbano los años ochenta estarán marcados por la muerte de Guayaquil ante el desplazamiento de El Pedrero y el comienzo del funcionamiento de la Plaza Minorista «José María Villa»; por la concentración de las administraciones Nacional, Departamental y Municipal en el sector de La Alpujarra, y un conjunto de obras, edificaciones y nuevos espacios urbanos, tanto en el sector público como en el privado, que dan cuenta de un acelerado crecimiento ciudadano. Pero indudablemente que desde el punto de vista físico, es la aprobación del Tren Metropolitano y el comienzo de su construcción, el factor más determinante en el reordenamiento del espacio de la ciudad.

Desde los ámbitos económico y social, esta década es el epicentro de las crisis financiera e industrial y de la expresión más dramática del agotamiento del modelo del crecimiento «hacia adentro», propio de la economía colombiana, con la consecuente manifestación del aumento del desempleo, originando patologías sociales propias de una gran ciudad. Además, ya el narcotráfico ha penetrado la malla social de tal forma que comienza a ser actor desestabilizador al potenciar los conflictos,

aunque paradójicamente su poder económico juega un papel importante en la modernización de la ciudad. Es la década en la cual se perfilan muy diversas formas de violencia, expresadas en grupos de justicia privada, bandas del crimen organizado, el sicariato, las milicias populares, la violencia contra la propiedad y desde la propiedad, que hace pensar a muchos sectores, no solamente en la existencia de una generación sin futuro, sino la de una ciudad sin futuro. Pero también es la década de emergencia de la primera generación propiamente urbana con capacidad de acción y signos propios de actores ciudadanos, con capacidad para apropiarse del derecho de ser ciudadanos y con incidencia en los espacios de los cuales habían sido excluidos en el proyecto tradicional de las élites. Es, en síntesis, especialmente en los últimos cuatro años de la década, la coexistencia en el plano de la ciudad de los actores que buscan incluirse, contra el proyecto de la exclusión tejido, de años atrás, por las clases dirigentes y los años de la expresión más dramática de las diversas violencias. Positiva o negativamente, por vías violentas o por medio de la construcción a que dan lugar las múltiples organizaciones sociales, los amplios sectores sociales, antes excluidos, luchan por ser reconocidos e incluidos en el proyecto de Medellín como una ciudad plural pero total.

Por último, algunas circunstancias, procesos, eventos y una cierta mentalidad generalizada, perfilan en lo corrido de la última década un período distinto a los anteriores, caracterizado por una suerte de consolidación de la ciudad, por un cambio dramático en el uso del suelo, proliferación de edificios de apartamentos y una cierta universalización de esquemas urbanísticos en los mismos, un recambio, demolición y construcción de muchísimas nuevas edificaciones, el copiamiento completo del espacio urbano, así como la modernización en el sistema de servi-

cios, especialmente el financiero. Y de otro lado, por un inicio de pensamiento colectivo sobre las necesidades de reconocer las diferencias que permite emprender el camino hacia la negociación y transformación de los conflictos por la vía de los consensos o pactos. Eventos propiciados desde organizaciones gubernamentales y no-gubernamentales, la presencia de una reflexión inteligente sobre los procesos ciudadanos y el reconocimiento de una precaria sociedad civil, hacen pensar en los inicios consolidados de una mentalidad ciudadana, que por la vía de la participación harían posible en el marco de las nuevas condiciones mundiales, latinoamericanas y colombianas, la materialización definitiva de Medellín como hecho y producto de la modernidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES. **Política**. En: Obras. Madrid, Aguilar, 1973.
- ARTURO, Julián (compilador). **Pobladores urbanos. Ciudades y Espacios**. T. I. Bogotá, Tercer Mundo, 1994.
- ----- . «Estudios contemporáneos de cultura y antropología urbana». En: **La ciudad. Espacio, cultura y modos de vida**. Medellín, Alcaldía de Medellín-PNUD, 1994.
- ----- y otros. «¿Cómo pensar la ciudad?» (panel). En: **La ciudad. Espacio, cultura y modos de vida**. Obra citada.
- BENÉVOLO, Leonardo. **La ciudad europea**. Barcelona, Crítica, 1993.
- BERMAN, Marshall. **Todo lo sólido se desvanece en el aire**. La experiencia de la modernidad. Bogotá, S. XXI, 1991.
- BOTERO GÓMEZ, Fabio. **La ciudad colombiana**. Medellín, Edic. Autores Antioqueños, 1991.
- CALVINO, Italo. **Las ciudades invisibles**. Barcelona, Minotauro, 1991.

- CASTILLO, Carlos. «La pobreza de las ciudades y la política sobre la pobreza». En: SÁNCHEZ G, Ana Lucía. **Procesos urbanos contemporáneos**. Bogotá, Fundación Alejandro Angel Escobar, septiembre de 1995.
- CONCEJO DE MEDELLÍN y Centro de Estudios de Opinión de la Universidad de Antioquia. **El Medellín que yo quiero**. Medellín, julio de 1991.
- CORREDOR MARTÍNEZ, Consuelo. **Los límites de la modernización**. Bogotá, Cinep-Universidad Nacional, 1992.
- CRUZ VÉLEZ, Danilo. «La ciudad frente al campo». Rev. **Re-Lecturas**. No. 15. Medellín, marzo-julio de 1993.
- DE ROUX RENGIFO, Francisco. «A romper la no ciudad». **El Mundo**. Medellín, mayo 3 de 1992. p. 3.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. **Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad**. México, Grijalbo, 1990.
- GIL PANTOJA, Hernán. «Lo que va de la urbanización al urbanismo». Rev. **Antioqueña de Economía y Desarrollo**, No. 30. Medellín, septiembre-diciembre de 1989.
- GÓMEZ BUENDÍA, Hernando. «Pacto colectivo y gobernabilidad en la ciudad colombiana». Rev. **Foro**, No. 25. Bogotá, diciembre de 1994.
- GRANDA M, Alberto; LONDOÑO R, Carlos Enrique y MEJÍA V, Hernán. «Estructura, coyunturas, tendencias y prospectiva de América Latina y el Caribe desde lo económico, lo político y lo socio-urbanístico». Rev. **Pensamiento Humanista**, No. 2. Medellín, UPB, 1994.
- LEFEBVRE, Henri. **La revolución urbana**. Madrid, Alianza, 1976.
- ----- . **De lo rural a lo urbano**. Barcelona, Ed. Península, 1975.
- MARTÍN BARBERO, Jesús y otros. «Panel: ¿Cómo pensar la ciudad?». En: Departamento de Antropología-Universidad de Antioquia. **La ciudad. Espacio, cultura y modos de vida**. Medellín, Ed. Marín Vieco, 1994.
- MARTÍN BARBERO, Jesús. **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**. Barcelona, Ed. Gili, 1987.
- MAYOR MORA, Alberto. **Ética, Trabajo y Productividad en Antioquia**. Bogotá, Tercer Mundo, 1989.
- NARANJO GIRALDO, Gloria. **Medellín en zonas**. Medellín, Corporación Región, 1992.
- PALACIOS, Marco. **Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994**. Bogotá, Norma, 1995.
- PAREJA A, Antonio. «El proceso de urbanización. Una propuesta de interpretación». Rev. **Pensamiento Humanista**, No. 2. Medellín, UPB, 1994.
- PINEDA GIRALDO, Roberto. «Antropología urbana. Ciudad y región». En: ARTURO, Julián (compilador). **Pobladores urbanos. Ciudades y espacios**. T.I. Bogotá, Tercer Mundo- ICAN-Colcultura, 1994.
- PROST, Antoine. En: PHILIPPE, Arie y DUBY, Georges (directores). **Historia de la vida privada en el siglo XX**. Buenos Aires, Taurus, 1990.
- RIOFRIO BENAVIDES, Gustavo. «Ciudad latinoamericana y crisis». Rev. **Foro**, No. 5. Bogotá, Marzo de 1988.
- RODRÍGUEZ, Clara y SANTANA, Pedro. «Estudio comparativo de grandes ciudades de América Latina». Rev. **Camacol**, No. 47.
- ROMERO, José Luis. **Latinoamérica: Las Ciudades y las Ideas**. Bogotá, S. XXI, 1984.
- SALDARRIAGA, Alberto. «La cultura urbana y la modernización». Rev. **Gaceta**, No. 12. Bogotá, diciembre de 1991.
- SÁNCHEZ G, Ana Lucía (Editora). **Procesos urbanos contemporáneos**. Bogotá, Fundación Alejandro Angel Escobar, septiembre de 1995.
- VERDÚ, Vicente. «Megaciudades». **El Espectador**. Bogotá, julio 2 de 1995. p. 1C.
- VILLEGAS VILLEGAS, Lucelly. **Poblamiento y vida diaria en el Nororiente de Medellín. 1900-1957**. Tesis. Medellín, Universidad Nacional, 1993.
- ZAMBRANO PANTOJA, Fabio. «La ciudad colombiana. Una mirada de larga duración». En: ARTURO, Julián (compilador). Obra citada.
- ZULETA, Estanislao. **Colombia: violencia, democracia y derechos humanos**. Bogotá, Altamir, 1991.